

**CONFERENCIA DEL MAESTRO**  
**OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV**

**LOS MÉTODOS DE UN MAESTRO I**  
**Salida de sol del 1 de enero de 1974**

---

Hacer el bien es muy difícil. He reflexionado toda mi vida sobre la mejor forma de ayudar a los humanos, y he visto que, si un día se les da alimento, al día siguiente siguen teniendo hambre, porque el estómago es un agujero que nunca se llena y cada día reclama... Si se les proporcionan vestidos, al cabo de algún tiempo ya están deteriorados, y hay que reemplazarlos. Si se les da una casa, también, un día u otro, hay que repararla. Si se les da dinero, se lo gastan rápidamente... Y, además, cuando uno ha tratado con los humanos, sabe bien que éstos nunca estarán satisfechos con lo que se les dé. Si les dan una casa, se preguntan por qué no les dan un palacio, y si les dan millones están furiosos porque querían miles de millones. Es imposible, pues, ayudar a los humanos de esta manera: o bien esta ayuda no es nunca definitiva, o bien están descontentos porque siempre esperan más. ¿Cómo poder ayudarles, entonces?

Tomemos el caso de alguien que tuviese que transportar una carga. Es una carga muy pesada y apenas puede levantarla. Pero ahí están ustedes, que son fuertes: se la cargan sobre las espaldas, ¡y ya está! Sí, pero los días siguientes este hombre tendrá que seguir transportando cargas, y, como no podrán estar continuamente con él, ¿qué va a hacer? Supongan ahora que tienen un secreto para poder transportar cargas sin que éstas los aplasten, y hasta para poder transportarlas con alegría: le comunican este secreto y podrá después arreglárselas sólo toda la vida. ¿No es preferible, pues, para hacer el bien a los humanos, darles un medio para que se desenvuelvan solos sin tener que necesitar siempre de la ayuda de otro? Es mejor, claro, mucho mejor. Y este medio es la luz de la Ciencia Iniciática, porque esta ciencia da una solución en todas las circunstancias.

Por eso he trabajado ininterrumpidamente toda mi vida para encontrar esta luz, porque sé que, cuando se la dé, podrán afrontar todas las dificultades, sin que tengan necesidad de mí, de mi presencia. Sin esta

luz, el bien que hacemos no es duradero, y ni siquiera los hombres lo agradecen. Lo que hay que darles es un elemento espiritual que se grabe dentro de ellos. Y, esto, muchos lo ignoran. Cuando quieren hacer el bien, en vez de pensar que pueden dar este elemento espiritual que nunca va a borrarse, dan algo material. Todavía no saben dar lo que es esencial, y dan migajas: joyas, coches, creyendo que así van a hacer feliz a la persona. Pero no, hay que aprender a dar un elemento esencial.

Si creen que no tengo ni idea de sus dificultades, se equivocan. Las conozco, porque yo también he pasado por ellas, las he vivido, y me basta con mirar a alguien para conocer todas las pruebas por las que ha pasado, porque están inscritas en su cara. Dirán: "Pero usted no tiene ninguna compasión, ¿por qué no nos ayuda?" ¡Ah!, también debo darles explicaciones sobre eso: aunque tuviese todos los poderes, el Cielo no me permitiría sacarlos de sus dificultades. Son ustedes los que deben liberarse, porque, si no, no tendrán ningún mérito y no ganarán nada.

Son ustedes los que deben hacer esfuerzos, aprender, ejercitarse, porque eso va a servirles para toda la eternidad. Si esperan que alguien lo haga todo en su lugar, que les quite sus sufrimientos, sus enfermedades, sus miserias, sí, esto es posible, porque existen en la Tierra seres capaces de hacerlo, pero nunca lo harán, porque saben que así no van a ayudarlos, muy al contrario. Les darán, más bien, métodos, conocimientos, pero esperarán a que sean ustedes los que los apliquen, porque entonces es cuando crecen, se refuerzan, y eso es la verdadera evolución.

Muchos de los que vienen a la Enseñanza lo esperan todo de mí: que les haga ricos, que les case, que les cure, que les dé la ciencia, la inteligencia, todas las virtudes... Eso lo he visto, lo he constatado, se los aseguro, y, si no sucede así, me abandonan, se decepcionan, me detestan, porque les han educado de esta manera: que todo debe venir del Maestro, que él debe darles todo, que debe hacerles felices, bellos, ricos, sanos. Pero hay una cosa que no saben, y es que, aunque pudiese hacerlo, no lo haría, porque sería inútil. Sí, aunque tuviese el poder de curarles de todas las enfermedades, ¡no sólo no les curaría, sino que les añadiría otras! ¿Están indignados?... Sí, pero, al mismo tiempo, les daría los medios para poderlas vencer todas. Porque si les curo de sus enfermedades, seguirán cometiendo excesos y locuras, de nuevo enfermarán y, cuando yo ya no esté con ellos, seguirán estando enfermos durante toda la eternidad. ¿Ven? No es la solución. Así que, se los digo, para mí la solución es añadirles todavía más cargas para que se vuelvan más fuertes y más resistentes.

¡Qué curiosa mentalidad tienen los humanos! Lo esperan todo de mí: curaciones, matrimonios, y hasta, cuando deben tener hijos, piensan que soy quien tiene que invitar a los ángeles y a los arcángeles a que vengan a encarnarse junto a ellos. Y no, mi tarea no es ésta. De mí deben esperar solamente que los sacuda para que aprendan a despabilarse. Así no estarán nunca decepcionados. En este dominio siempre he sido fiel y verídico, nunca he privado a nadie de reprimendas y de sacudidas. Pero, para lo demás, no esperen nada de mí.

Sí, mis queridos hermanos y hermanas, de ahora en adelante no piensen que no conozco sus dificultades. Algunos dicen: "El Maestro no sabe en qué lío estamos metidos. Nos cuenta bellas historias, pero si estuviese en nuestra situación ¡las pasaría canutas!" Como tienen dos o tres hijos, dicen: "Él no está casado, no sabe nada de nuestras preocupaciones." ¿Cómo? Si yo tengo varios miles de hijos, y hasta quizá varios millones, ¡toda una prole! No lo ven, y creen que sólo su propia vida es muy difícil. Créanme, conozco sus problemas. Ya sean financieros, intelectuales, sentimentales, los veo, no es difícil, y los conozco tan bien como ustedes. Sólo que, lo que ustedes no conocen es el medio de resolverlos. La prueba es que se atormentan durante años enteros, no saben cómo salir del atolladero. Eso prueba que deben aprender, y por eso les hablo.

Una mujer fue a ver a Nastradine Hodja: "¡Ah!, es espantoso, Nastradine Hodja, estamos todos hacinados, mi marido, mi padre, mi abuelo, mi tía, los hijos y yo, en una pequeña barraca, eso no puede durar, dame un consejo. – De acuerdo, dijo Nastradine Hodja, ¿pero me prometes hacer todo lo que te diga? – Te lo prometo. – Bueno, no lo olvides. Vuelve, pues, a tu casa y que entre también el perro con ustedes; mañana me dirás cómo va la cosa." La mujer le obedeció y volvió al día siguiente. "Ahora es peor, Nastradine Hodja. - ¿Es peor? Bueno, ¿tienes gallinas? – Sí. – Pues bien, que entren ahora las gallinas." Al día siguiente la mujer llega llorando: "¡Ah! Nastradine Hodja, las gallinas corren por la casa y lo ensucian todo, no se puede aguantar. – Muy bien, que entre también el cerdo." La mujer volvió tirándose de los pelos, la pobre, porque, con el cerdo ya era el no va más. "Nastradine Hodja, es un infierno, voy a volverme loca. - ¡Ah!, ¿es un infierno? Bueno, pues saca al cerdo." Salió el cerdo y, al día siguiente, la mujer encontró que la cosa iba mejor. "Muy bien, dijo Nastradine Hodja, quita ahora las gallinas." Una vez fuera las gallinas, la mujer suspiró aliviada. "Bueno, ahora saca al perro..." La mujer lo sacó. "¡Ah!, es maravilloso, ¡qué tranquilidad, qué silencio, ya puedo respirar!" Y, sin embargo, la situación era la misma que el día que había venido a quejarse a

Nastradine Hodja, diciendo que la vida en la barraca no se podía aguantar. Entonces, ¿por qué se sentía tan aliviada? Se ríen al oír esta historia, sin darse cuenta de que ustedes se encuentran a menudo en la situación de esta buena mujer.

Les voy a contar otra historia: un discípulo, que se sentía muy desgraciado, va a ver a su Maestro y empieza a quejarse de que el Cielo es injusto con él; y acaba mostrándose tan grosero y pretencioso que el Maestro, viendo que el discípulo tiene todavía mucho que aprender, decide darle una lección. Y pide al mundo invisible que le añada una carga. El discípulo vuelve a quejarse y acusa al Cielo, que comete con él tamaños errores: y el Maestro vuelve a pedir al mundo invisible que le añada otra carga más. Tres veces, cuatro veces, el discípulo vuelve a quejarse hasta que, un día, sucumbe aplastado. El Maestro vigila lo que sucede en él... Y he ahí que, por fin, el discípulo empieza a reflexionar, a reconocer que quizá es un ignorante, que ha cometido faltas y debe corregirse. Vuelve, pues, a ver a su Maestro, pero esta vez se humilla ante él, reconoce que a menudo ha actuado mal, que ha dejado que entrasen en él pensamientos y sentimientos negativos, etc. Cuando se va, el Maestro pide al mundo invisible que le quite una carga. El discípulo vuelve muy contento, diciendo que se siente mucho mejor y que da gracias al Cielo por haberle aliviado, consolado. De nuevo el Maestro se dirige a los de arriba pidiendo por él, para que le quiten una segunda carga, y, como el discípulo lo agradece, el Cielo decide quitarle todas las cargas, simplemente porque es humilde y ha aprendido a dar gracias.

Si se rebelan contra la justicia divina, sus cargas aumentan; pero, si dan gracias al Cielo, les quitan sus cargas. Ésta es una ley que deben conocer. Dirán: "¿Cómo! ¿Dar gracias al Cielo cuando somos desgraciados, estamos enfermos y en la miseria?" Sí, hoy les revelo un gran secreto: aunque sean desgraciados, deben encontrar una razón para dar gracias. ¿Son pobres, miserables? Den gracias, den gracias, alégrese de ver que los otros sean ricos, de que vivan en la abundancia, y verán... Poco después algunas puertas se abrirán y las bendiciones empezarán a derramarse sobre ustedes. Pero únicamente los discípulos van a verificar esto, los buenos discípulos que confían en su Maestro y creen en la sabiduría que éste les transmite.

Deben comprender que hay que utilizar las dificultades y alegrarse, aunque aparentemente no haya ningún motivo para ello. Ésta es una filosofía que va a darles la posibilidad de dominar, de superar todas las dificultades, de planear por encima de la vida, de ser dueños de todas las

situaciones. Y ante su poder, ante su fortaleza de alma, la Providencia dirá: "Quítenle este obstáculo, este sufrimiento." Hasta el día en que permita que sean liberados de todo aquello que los obstaculizaba.

De ahora en adelante, sean cuales sean sus pruebas, díganse: "Esto no es nada, las cosas van a ir mejor, porque ahora tengo todos los medios para crear mi futuro y vivirlo de forma celestial. Gracias, Señor." Y se ponen de nuevo a trabajar. Si aparecen nuevas dificultades, díganse aún: "Sólo es un mal momento que me toca pasar, pronto ya no quedará nada de todo esto, y yo sólo deseo lo que es eterno." Y van a flotar por encima, van a planear, y quizá incluso cambien entonces las circunstancias debido a su actitud positiva. Porque, cuando los demás vean esta luz que sale de ustedes, si –supongamos- han perdido su trabajo, les dirán: "Venga conmigo, tengo trabajo para usted." Los invitarán, querrán ayudarlos debido a su actitud. Pero, si los ven tristes, apagados, sólo tendrán ganas de una cosa: librarse de ustedes lo más rápidamente posible.

Sean cuales sean las dificultades que se les presenten, nunca muestren su tristeza y su desánimo, procuren encender todas las lámparas dentro de ustedes. Sí, cuanto peor vaya la cosa, tanto más deben encender sus lámparas interiores, porque ¿saben lo que pasará entonces? Todos vendrán de todas partes diciendo: "¿Le falta algo? ¿Qué necesita?" Y no sabrán qué hacer con tantas ayudas que querrán prestarles, ¡simplemente debido a su luz! Creen que sus desgracias pueden conmover el corazón de los demás, y entonces se las cuentan, y las exageran incluso, añaden más indisposiciones, más úlceras, con la esperanza de que, por fin, se decidan a ayudarlos. Pero ellos no buscan más que una cosa: ¡cómo librarse de ustedes lo más rápidamente posible! Sí, las cosas son así, desgraciadamente: si están tristes, amargados, raramente la gente vendrá a ayudarlos, porque sólo la luz, la belleza, el amor, atraen los regalos más maravillosos. Por tanto, cuanto peor vayan las cosas, más deben mostrarse radiantes y alegres, más deben cantar.

Sí, claro, eso es fácil de decir, pero, para poder realizarlo hay que haber estudiado durante mucho tiempo en la escuela de la Fraternidad Blanca Universal. No van a resolver todos sus problemas porque hayan venido aquí una o dos veces. Hace falta mucho tiempo para llegar a ser verdaderamente fuertes y poderosos. Pero algo me dice que hoy se está despertando un eco en ustedes, como si sintiesen, de repente, la veracidad de mis palabras. En fin, si he logrado tocar en ustedes una fibra que siente la verdad, es magnífico, ¡alabado sea Dios! Yo he verificado miles de veces

todo lo que les digo, si no, no los invitaría a seguir este camino, sería demasiado arriesgado. Y he verificado también muchas otras cosas de las que no les puedo hablar todavía, pero todo llegará.

\* \* \*

